



MEDALLON ADMIRABLE

(Este Medallón figurado es de barro saguntino para botella ornamentada y con dos asas).

Recuerdo mi infancia, de cinco a siete años, pasada en Cañete, Cuenca, en la que destaca su castillo árabe, mazonado de sable y en zigzag, cuando, de niños, al salir del colegio nos íbamos a las eras, niñas y niños, a jugar al “Mea Pilila” y el “Mea Chochín” expeliendo la orina de una vez, hacia lo lejos, para ver quién de nosotros, y de ellas, llegaba más allá. A veces, lo intentábamos elevándola hasta el cielo. En esta postura era gracioso ver a las chicas intentando orinar hacia arriba apretando su meato.

De una lámina de Medallas de Académicos habíamos recortado las medallas para condecorar a quien hubiera conseguido llegar más lejos o más alto, condecorando con ellas la pilila o el meato urinario, colgándolas de un lazo. Las medallas elegidas eran: de la Lengua (Limpia, Fija y Da Esplendor), para las chicas; y la de Ciencias Físicas y Naturales (Observación y Cálculo), para los chicos.

Cuando orinábamos hacia arriba, ganaba quien se hubiera mojado más con esta “lluvia de estrellas”, como decíamos; y condecorados, ambos ganadores, chica y chico con la única medalla de Ciencias Morales y Políticas (Verum, Justum, Pulcrum), que se colgaba del cuello de cada uno de ellos.

Recuerdo, porque tengo sus nombres en un cuadernillo del Colegio, que éramos: Crescencia, Irene, Pío, Silvano, Eutimio, Peregrino, Irene, Angela, Joviniano, Máximo, Eulogia, Hilaria, Niceto, Teodoro, Geruncia y Benita.

Nosotros vivíamos en la Inocencia, y nuestros padres en el embuste y la hipocresía, pues todo su ardor y esfuerzo lo ponían en engañarse a sí mismos, y alucinarse entre ellos, Si algo entendíamos de ellos era que se llamaban “majaderos”. En este tiempo, había como una apuesta nacional para combatir, a quien más, a unos desconocidos que llamaban maquis, escapados de un lance de odio que tuvieron el Asno y su Dios contra ellos, que eran unos atletas de la Libertad, según nos dijeron, a los que perseguían por la Serranía de Cuenca hasta que no quedara vivo ni uno de ellos.

Entre los chicos, el que ganó, a lo largo, fue Pío. Una sorpresa, porque era grueso, bajo y de cara abultada y encendida. Fue un cuadro verle cuando se le colgó la medalla en el pito. Él no sabía más que decir, sonriente, como sonríen los gorditos:

-He ganado por chiripa.

De las chicas, quien ganó fue Hilaria. La recuerdo una chica natural, cálida, a quien ya le brotaban los dos pechitos. Se le puso la cara malvácea, cuando intentamos ponerle el cordón de la medalla, preguntándonos todos: “¿dónde?”. El cordón de la medalla se le pusimos en su cintura hasta llegarle la medalla al nacimiento de su monte de Venus.

Quienes ganaron la medalla por orinar más alto y mojarse, poniéndose como una sopa, fueron, de los chicos, Joviniano; de las chicas, Ángela, quien era una santurrona, mojigata, pero que, según me cuentan, se abrió camino en la Vida, a pesar de su timidez y humildad. Fue graciosamente grotesco verla, entre las chicas, apretarse su Chochín para mear más alto que las demás.¿Qué postura;

Por su parte, Joviniano, rabilargo, estaba tan alegre, tan campante; y eso que se había mojado, como él mismo decía: “hasta las pelotitas”. Y, luego, cantaba, moviéndose la cola:

-Soy como el “Mohino” de Beni Hud y el Cid, animal hijo de caballo y burra, y tengo la pilila bien buena, y morena.

De lo que más nos gustaba era que, en los días de verano, después de estos juegos, nos mojara nuestros cuerpos desnudos la tormenta, sintiéndonos, entre las nubes, lluvia con la lluvia, truenos con los truenos, sintiendo la aurora boreal, el arco iris dibujados en nuestros cuerpos.

-Daniel de Culla